El Valor de Nemesio Antúnez

Por Jorge Arrate

● Discurso del Ministro de Educación en el acto solemne de condecoración del pintor Nemesio Antúnez, realizado en el Palacio de la Moneda, el lunes recién pasado.

LOS países, como los seres humanos, sólo existen en plenitud cuando han logrado constituir y transmitir una imagen de lo que son. La construcción de un país es un empeño largo —tal vez inacabable—, historia de dolores y alegrías, de luchas y conquistas que sólo adquieren todo su sentido al fundirse en el reflejo simbólico del arte, en la imagen que de él transmiten sus artistas.

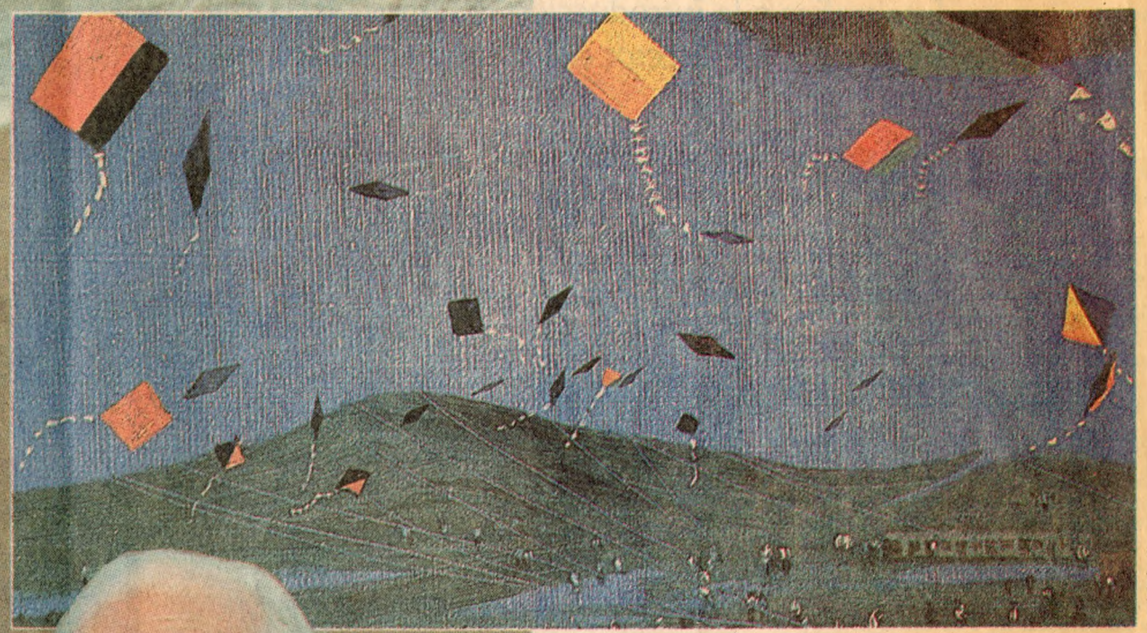
Ya en nuestros comienzos, junto a los fundadores, hubo también un pintor. Gil de Castro, el Mulato Gil, tal como junto a los conquistadores hubo un poeta, don Alonso de Ercilla.

Esta ceremonia en que condecoramos a Nemesio Antúnez Zañartu con la Orden al Mérito Docente y Cultura Gabriela Mistral, en el grado de Gran Oficial, al unir el nombre de uno de nuestros más excelsos pintores con el de nuestra más excelsa poetisa, se inscribe con perfecta coherencia no sólo en la historia de Chile, sino también en nuestro modo de articular historia con arte, en nuestra tradición para señalar momentos de significación nacional.

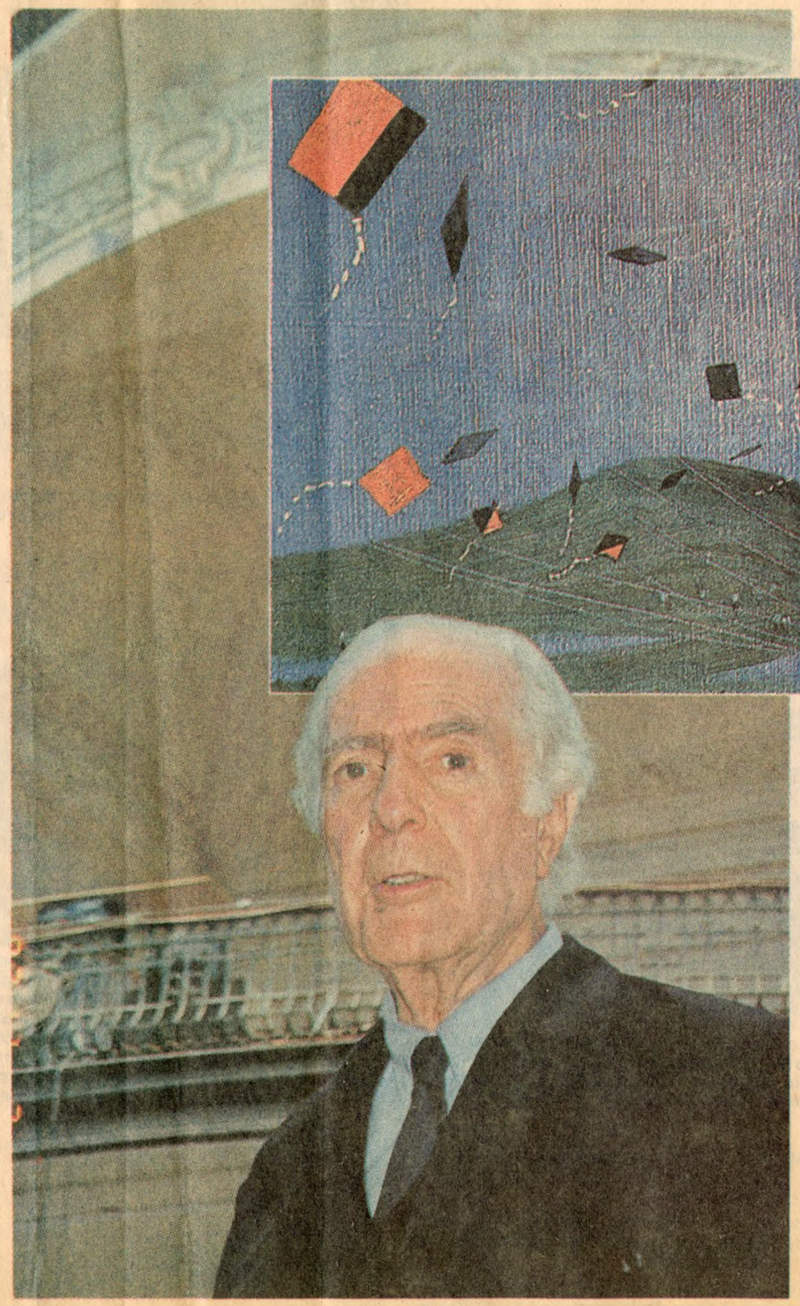
La vida de Nemesio Antúnez es la historia de un viaje en la pintura y la práctica de un ejemplar compromiso cívico. Es un ejercicio incesante y nómade de viajar hacia la libertad, como creador, como ciudadano creador.

Antúnez, como él mismo lo cuenta en ese maravilloso memorial de ternura y de crítica que es la "Carta Aérea" a su hijo Pablo, comenzó con el óleo, pintando rosas para muebles dorados en la mueblería de un amigo: "Tuve que descubrir la forma más eficiente de pintar pétalos", cuenta. Pero su romance con la pintura y el arte había empezado mucho antes, cuando muchacho. "No quiero hablar mucho de esa época", miente. Cursaba sexto año de humanidades, y pertenecía a la academia literaria de su colegio. "Allí gané un premio —narra— y éste consistía en un viaje a Francia en un buque de carga. Tenía 17 años. Primera vez solo frente al mundo y al espacio abierto. Recuerdo a mis padres, pareja sola en la punta del malecón de San Antonio, moviendo pañuelos y achicándose con el tiempo. Ojos y garganta nublados. Fueron 45 días de viaje. Llegué a París lloviendo. Mi tío francés me esperaba. Me dijo: 'Vamos a caminar París mojado'. Allí fue que descubrí el Louvre, con asombro. Inolvidable. Pero el golpe de gracia fue la exposición de arte contemporáneo español en el Jeu de Paume en 1936. Allí conocí a Picasso, los Juan Gris y Miró".

Durante la ceremonia, el Presidente Aylwin hace entrega de la distinción a la esposa del pintor.



"Volantines de invierno", obra de Nemesio Antúnez (1989).



Nemesio Antúnez.

El viaje adolescente ya no se detendría. Mientras estudia arquitectura, en tercer año, se embarca en la acuarela, la verdadera primera práctica con pincel. Terminada arquitectura obtiene la beca Fullbright y a partir de Nueva York y sus "multitudes desesperadas", recorre Europa.

Tras 10 años vuelve a Chile y da curso a su deseo de enseñar lo aprendido y aprender lo enseñado: inicia el Taller 99, del que surgió un movimiento que le dio categoría al grabado en Chile. El grabado que, al decir de Antúnez, es "la más democrática de las expresiones artísticas". Después, participa en la fundación de la Escuela de Artes de la Universidad Católica, de la que fue profesor. Dirige durante cuatro provechosos años el Museo de Arte Contemporáneo de la Universidad de Chile. Zarpa otra vez. Estando en Nueva York asume como agregado cultural de Chile. Allí, según él cuenta, aparecen las primeras "camas" entre enormes bloques de cemento.

Cuatro años después vuelve a Chile y asume la dirección del Museo de Bellas Artes, bajo el gobierno del Presidente Frei. El Presidente Allende lo confirma en el cargo. Para la crítica, para la gente y para él mismo, en sus propias palabras fueron "años espléndidos para el museo". Se inauguró así un tipo de museos hasta entonces inédito en Chile.

Renuncia en 1973 y comienza el viaje, nuevamente; esta vez compartiendo el exilio con miles de compatriotas. Paradójicamente para Antúnez, por fin pudo ser pintor a tiempo completo.

Fueron años duros, pero también profundamente humanos. En sus telas ardieron las llamas de la casa de los Presidentes de Chile, en la que ahora estamos.

Cataluña, Londres, Roma... Mendoza... Una inolvidable noche del verano mendocino, algunos cientos de chilenos allí sumidos para cumplir con los ritos de la cultura democrática. Lo proclamaron presidente. Nemesio Antúnez, con una banda sobre su pecho, recorrió esa madrugada las calles, aclamado por sus compatriotas y por entusiastas desconocidos que se plegaban al que percibían como destello de una libertad que aún no llegaba.

Cuando llegó, Antúnez volvió al museo a retomar la fructífera labor iniciada años atrás y emprender una obra de difusión cultural que alcanzó expresión profundamente innovadora en su brillante incursión televisiva.

El pintor que hoy condecoramos es uno de los que han configurado la imagen de lo que somos. Para legarla al futuro. Parte de la magia de la pintura es la de permanecer. Seguir como una ventana abierta por donde mirar una época, que no es sólo su historia, sino también sus sueños.

Hoy, en esta solemne ceremonia, rendimos tributo a uno de los mejores de entre los nuestros, como un modo de reconocer nuestras señas esenciales, pero también como una forma de valorar en Nemesio Antúnez Zañartu el coraje de su libertad, la capacidad de asombro con que nos deslumbra, la calidez del color con que nos acompaña y la dedicación con que sigue pintando pétalos.

Los pétalos de esta flor que llamamos patria y que, reconocida, le dice hoy: Nemesio Antúnez, Chile te ama.